

ct

La sirena del olvido de lo profundo

de
Jazmín García Sathicq

(fragmento)

Como escrito en el cuerpo, un esquema recordatorio del imaginario de la niñez.
De Jazmín García Sathicq.

A Ailen, y al chocolate con almendras, que le hace pensar cosas maravillosas en el país de Nunca Jamás.

Una Mujer, de treinta años de edad.

Una antigua muñeca rota.

El sonido de una gota caer sobre el remanso del agua.

Una luz tenue, que por momentos no basta para iluminar lo deseado.

Escena:

“Como escrito en el cuerpo, un esquema recordatorio del imaginario de la niñez.”

Sonido de viento estremecedor, naciendo de él una canción de cuna se susurra.

MUJER

Lo que permaneció oculto se nos va revelando con la mirada, con el olor, con el tacto que no esperamos, con la sumatoria sensible de los sentidos gastados.

Yo, tengo una relación extraña con el agua. El agua promueve la indagación de mi ser, es un sedante que excita mi imaginario. El mar, cubierto de secretos, tiene la costumbre de ponerme en una situación determinante, un estado de alerta en los sentidos, la percepción se agudiza, registro que internamente algo se modifica, y esta situación me lleva inexorablemente al lugar inusual de pensar en el tránsito de ser, la vida y la muerte. Es por eso que en el mar proyecto sueños sobre el horizonte, sueños dibujados con sal, con aroma penetrante. Y una vez que se construye un sueño en esa textura transparente, se deben tomar determinaciones, livianamente selladas entre el vaivén de ser o no ser, que arrastra el oleaje, entre el eco de la imaginación que retumba con efecto de reberberancia oscura, que no halló su cause, y estancada, cobijó las raíces que son alimento de los peces y las sirenas.

Una ocasión, siendo niña, miré el mar y ví en él una boca grande sedienta de sentimientos, sentí un murmullo de brisa que invitaba a penetrar la fresca temperatura, hacia dentro, me oculté de la mirada de los adultos, y me introduje en él, su exhalación de sodio, quemaba mis tobillos y llegaba interiormente hasta los órganos, provocando un ardor existencialista, una insinuación al imaginario. En ese preciso instante en el que pensé entregar mi vida al océano como cansada de lo que no había hecho, volqué mi mirada hacia atrás, pausadamente, hacia lo transitado, nunca ví una imagen tan nítida como en esa oportunidad, que deposité mis ojos en mis padres, si no hubiese visto la mirada de quien ama sin importar me hubiese entregado al universo acuático convirtiendo mi ser, mi levedad, “la insoportable levedad de mi ser” en una sirena, y hubiese deslizado mi cuerpo, sumergiéndolo al olvido de lo profundo, dejándome llevar por burbujas de sonidos estridentes, emitidas por una de esas bellezas extravagantes que existen el fondo del mar, y que viven en el exilio del anonimato visual. El mar es un gran generador de preguntas.